

Traducir la nación

Gregorio Weinberg y el racionalismo del pasado argentino

Gustavo Sorá*

*« Je vois là pour ma part une preuve de l'attention
avec laquelle les autorités argentines suivent vos
efforts et la reconnaissance par ces memes autorités
qu'une maison telle que la votre ne se limite pas
à la diffusion de la culture française mais participe de
la façon la plus active a la vie culturelle du
pays dont nous sommes les hôtes »¹*

(Carta del Agregado cultural de la embajada de Francia
a Palasí, gerente de la sucursal Hachette,
13 de octubre de 1960).

* Versión corregida y actualizada para este volumen a partir de la publicación original: Gustavo Sorá (2010). "Traducir la nación. Gregorio Weinberg y el racionalismo del pasado argentino", en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina* (E.I.A.L.). Vol. 21, N° 1.

** Instituto de Antropología de Córdoba - CONICET / Universidad Nacional de Córdoba.

¹ "Percibo una prueba de la atención con que las autoridades argentinas siguen sus esfuerzos y el reconocimiento de esas mismas autoridades a una casa como la vuestra, que no se limita a la difusión de la cultura francesa, sino que participa de modo activo a la vida cultural del país que nos acoge". Los documentos relativos a la empresa Hachette fueron consultados en el *Fonds Hachette* (unidades S2/B5/C30/ HAC; S2/B6/C7/ HAC), depositado en los archivos del *Institut Mémoire de l'Édition Contemporaine*, Abbayé d'Ardenne, Caen, Francia, 2006. Todas las traducciones son mías.

Francis Bacon y Domingo Faustino Sarmiento, Voltaire y Lucio Victorio Mansilla, Franz Boas y José Busaniche, Marcel Mauss y José Carlos Chiaramonte. Esta clase de combinaciones se imbricaban en las ideas y en los libros editados por Gregorio Weinberg (1919-2006). A lo largo de la segunda mitad del siglo xxi, tradujo y publicó decenas de textos que se ordenan en tres grupos. En primer lugar, una “biblioteca” de textos representativos del racionalismo occidental. Luego, un canon de obras sobre su país. Finalmente, una colección dedicada a América Latina. El primer conjunto fue reunido a mediados de los años cuarenta en la colección *Tratados Fundamentales* de la editorial Lautaro. El segundo, en la colección *El Pasado Argentino*, que desde inicios de la década siguiente promovió a través de la editorial Hachette primero, Solar después (cuando la colección fue rebautizada como *Dimensión Argentina*) y Taurus en sus últimos años de vida, ya entrado el presente siglo (bajo el nombre de *Nueva Dimensión Argentina*). El tercero, en la colección *Dimensión Americana*, que se editó durante la década del sesenta por Solar. No son tres emprendimientos escindibles. En esas colecciones de libros, patrimonio insoslayable de la cultura intelectual, no apenas nacional y células identitarias de la vida de Weinberg, el sustrato de “lo universal” fue el suelo fértil donde exhumar ideas para el incesante deber de pensar el país, una y otra vez. Pero como exponente de un linaje reformista al que debe asociarse su vocación y misión, pensaba que Argentina solo se comprende como variación de “una cultura americana”. Más allá del desfasaje temporal, de la disímil envergadura y reconocimiento de cada colección, todo el ciclo (de la vida misma de Weinberg como editor) compuso un movimiento de argentinización (o americanización) de lo universal y de universalización de lo nacional (o lo americano). Mi trabajo busca articular tales dimensiones o, mejor dicho, restablecer las huellas históricas de una relación que el nacionalismo metodológico siempre tenderá a separar. Propongo así un objeto dinámico para comprender una de las apuestas posibles que en la historia cultural argentina compitieron por la reformulación del pensamiento nacional con elementos modelares de una cultura

universal. En los estudios sobre cánones del pensamiento argentino la relación que ilumino funciona como denegación, síntoma crítico que exige esclarecimiento.

Fundamentos internacionales de las culturas nacionales

La nación repele elementos foráneos. Al cumplir con su deber de seleccionar obras y textos representativos del genio de un pueblo, las historias de la literatura y de las ideas son artefactos claves para la arbitraria separación de lo nacional y lo extranjero. Se refinan las teorías culturales sin que se altere el *a priori* de clasificar hechos por naciones que pueden ser comparadas, pero no relacionadas y observadas en comunes procesos histórico-sociales en los que se expresan mutuos condicionamientos e interdependencias. En sentido inverso, las teorías de la globalización y la boga de los estudios transnacionales, al considerar a la nación como una categoría histórica perimida o debilitada, tienden a negarla y a generalizar procesos socioculturales que trascienden a las culturas singulares. La relación entre pensamiento nacional y universal no es evidente a la luz de los esquemas tradicionales de la historia literaria e intelectual (las cuales, como se dijo, exaltan lo particular) ni de la filosofía (que menosprecian lo singular y solo focalizan las ideas que la doxa académica trata como trascendentes). Sin embargo, toda cultura se hace, en los hechos, con elementos no exclusivos, con materiales (ideas, costumbres, actitudes, patrones, técnicas) que en algún grado son foráneos o compartidos con otras culturas.²

En sentido histórico, las relaciones internacionales que moldean una cultura nacional (dimensión esencial para cualquier estudio cultural y social de la traducción; de allí el título del capítulo),

² Posiblemente coincidiríamos con Gregorio Weinberg en que fue Franz Boas quien a fines del siglo xix postuló estas premisas para la teoría de la cultura y que fue Marcel Mauss quien las tradujo al mundo contemporáneo en su célebre artículo sobre *La nation*, de 1925.

observan dos tiempos o procesos. En primer lugar, dichas relaciones son evidentes, notorias, explícitas en los albores de una nación: por ejemplo, el carácter modelar de la emancipación norteamericana, de la Revolución francesa, de las guerras napoleónicas para la independencia de los países latinoamericanos. En segundo lugar, las relaciones internacionales presentes en la diferenciación de una nación pasan a ser sublimadas y denegadas al afianzarse el poder del Estado para cohesionar simbólicamente a los ciudadanos cobijados en el territorio que resguarda. El sistema de educación (no por nada el tema más sensible en las preocupaciones académicas de Don Gregorio) es el motor para insuflar sentimientos de pertenencia nacional. Bajo las lógicas prácticas del nacionalismo, las particularidades de un pueblo se representan como la emanación de un alma colectiva, de un genio, de un carácter y un estilo que “no deben nada a nadie” que no comparta un mismo origen. Se forja así una actitud exclusivista.

La observación sociológica de los fenómenos que aquí vinculo no puede eludir la dimensión relacional, estructural, invariante a la que me refiero: una nación se legitima en relación a otras. El poder simbólico de una nación se constituye a partir de su posición relativa frente a otras culturas del mismo tipo, otras naciones; no cualquier nación sino las efectivamente activas como opuestas-complementarias. Las exposiciones universales del siglo xix fueron teatros donde esa dinámica estructurante afloraba. En esos rituales, los estados nacionales dominantes manifestaban su poder de “irradiación cultural”, distribuían patrones de civilidad a escala planetaria e incitaban a competencias regulares por la supremacía cultural, motor del progreso. Estados nacionales en tren de consolidación, dominados, como algunos países de América Latina, hacían ingentes esfuerzos para exhibirse en las exposiciones universales; vitrinas para dar a conocer sus productos como evidencias del deseo de metabolizar los banquetes de la civilización, de la modernidad. Las exhibiciones metamorfosaron la belicosidad inherente a los tiempos de emancipación de los estados-nacionales en batallas

simbólicas cuyo fin era la imposición de patrones de universalidad nacionalmente fundados.³

En la cultura letrada, ese proceso de competición-legitimación se forjó en la tensión entre fuerzas de universalización y particularización, a través de ciertos géneros de escritura como la filosofía, la literatura, las ciencias humanas y sociales. La traducción devino un hecho inexorable tanto para la expansión internacional de una cultura como para la apropiación de modelos generales y eficaces de pensamiento para diferenciar ideas propias, de un origen nacional reconocible.

Este capítulo indaga una manifestación argentina de ese proceso general. Para ello se integra la génesis de una de las colecciones de libros más determinantes en la imposición de un canon del pensamiento argentino en la segunda mitad del siglo xx, con aquellos elementos foráneos que, bajo la forma de obras de pensamiento universal para traducir o estructuras editoriales extranjeras, aparecieron entre sus condiciones de posibilidad. Para ello es necesario observar los textos como libros, los autores como agentes y la escritura como práctica, todos relativos a otros agentes y prácticas sociales (editores y editoriales, traductores y traducciones), las ideas en su circulación espacial (nacional, regional, internacional), en el marco de procesos de recepción, de clasificación, reclasificación, etcétera. La historia del libro y de la edición, la antropología de la circulación internacional de ideas y la sociología de la cultura alimentan las perspectivas que creo esenciales para observar y comprender la traducción como hecho capital de la historia de las culturas.⁴

³ Las ferias internacionales que eclosionaron desde mediados del siglo xx, especialmente aquellas centrales para los intercambios simbólicos como las ferias de libros, reactualizan la primitiva razón de las exposiciones universales decimonónicas (Sorá, 1998 y 2004).

⁴ Bajo el marco programático definido por Pierre Bourdieu (2002), oriento mi perspectiva con las generadas por colegas del *Centre de Sociologie Européenne*, como Anne-Marie Thiesse (1999), Gisèle Sapiro (2008) y Johan Heilbron (1999).

La *Librairie* Hachette y El Pasado Argentino: apropiación extranjera de un proyecto intelectual nacional

En la primavera de 1960, la sucursal argentina de la librería Hachette fue galardonada por la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación con el Premio Carlos Casavalle. Promovido entre los actos del Sesquicentenario de la Emancipación, el concurso Casavalle buscó “exaltar la producción, en materia de edición, que mejor haya contribuido en el país a la difusión de la cultura argentina”.⁵ El premio de \$25 000 reconocía la obra editorial de valoración del pensamiento nacional generada por la colección *El Pasado Argentino*. Esta era un proyecto de Gregorio Weinberg, su director, quien trabajaba en la editorial Hachette como asesor literario desde inicio de los años cincuenta. *El Pasado Argentino* se creó en 1954 y hasta 1960 había lanzado treinta y cinco títulos. El proyecto de colección recreaba un tipo de sistema bibliográfico iniciado hacia 1915, cuando aparecieron la Biblioteca Argentina, concebida y dirigida por Ricardo Rojas, y *La Cultura Argentina*, por José Ingenieros. Esas colecciones fueron estimuladas por los debates dinamizados por las celebraciones del Centenario de la Emancipación argentina y compitieron por la imposición de cánones del pensamiento nacional: ensayos, crónicas y bellas letras de las figuras consagradas (u olvidadas) de la argentinidad (Sarmiento, Fraguero, Alberdi, Mitre, Mansilla, etcétera); estudios históricos (José Busaniche, Barba, Zinny), libros de viajeros extranjeros (Falkner, Beaumont, Parish).

La editorial y las autoridades francesas en Argentina se apropiaban del reconocimiento como un umbral de notoriedad para el desinteresado aporte de una empresa extranjera a la cultura nacional:

⁵ En paralelo al premio Casavalle, se otorgó un premio Pablo Coni destinado a editores del interior del país. Este fue ganado por la editorial Castelví de Santa Fé. La elección de *El Pasado Argentino* fue decidida por cuatro jurados (Carlos Mastronardi, Arturo Cerretani, Jorge Bogliano y Enrique Laffitte) entre siete. Por entonces el director de cultura nacional era Héctor Blás González.

[...] el hecho que una casa francesa haya obtenido esta distinción en el momento en que la República Argentina conmemora el 150° aniversario de su emancipación, prueba que se debe a que los franceses se identifican con la cultura argentina y que han contribuido a su difusión. (*Le Quotidien*, 28 de septiembre de 1960)⁶

Esta apreciación de prensa recogía el pensamiento de Monsieur Elías Palasí y de las autoridades diplomáticas francesas: “No es por vanidad, aunque es reconfortante ver que aquí no somos relegados y que se aprecia lo que una casa extranjera hizo por la cultura del país donde ejerce sus actividades” (Carta de Monsieur Palasí al Département Étranger de la casa matriz de Hachette, 22, de septiembre de 1960).

El episodio del otorgamiento del premio Carlos Casavalle representa un hecho excepcional que eleva a superficie un sistema de relaciones, prácticas y creencias relativas al problema general que aquí se busca indagar: las relaciones internacionales que, de modo manifiesto o implícito, siempre están presentes en la producción de discursos y objetos emblemáticos de lo nacional (Thiesse, 1999). Las ideas sobre la nación imponen ontológicamente su interpretación como autodeterminadas, como si se explicaran por factores internos a las fronteras materiales y simbólicas de tales comunidades morales. Este esquema de pensamiento es generalmente asumido irreflexivamente por los investigadores, tal como puede leerse en un estudio relativamente reciente y de innegable calidad sobre las colecciones que lucharon por la imposición de un canon del pensamiento argentino, la clase de referente aquí tratado. En *Los textos de la patria*, Fernando Degiovani (2007) presenta un exhaustivo estudio de las mencionadas colecciones de Rojas e Ingenieros. Demuestra, entre otros factores, que dichos proyectos culturales nacionalistas se fundaban en visiones contrapuestas sobre los pilares intelectuales e ideológicos que debían guiar las lecturas sobre la nación. Los libros buscaban producir identificaciones identitarias de los lectores con las premisas de los autores esenciales para comprender el país, su historia,

⁶ *Le Quotidien*, 28 de septiembre de 1960.

el genio de sus hombres ejemplares. Excepto con el tema de la inmigración extranjera como “problema social” combatido o asumido por los directores de aquellas colecciones, lo exterior no es pensado por Degiovani al indagar los proyectos de las colecciones sobre el pensamiento argentino, sus formas y condiciones culturales de posibilidad. Todo pasa como si los debates intelectuales que inspiraron las celebraciones del centenario y que dominaron la escena intelectual argentina durante toda la década de 1910 (y los contextos políticos que rodearon ese género de escritura) bastaran para encuadrar las colecciones de Rojas e Ingenieros como apuestas apenas sostenidas por intereses y orientaciones relativas a los espacios intelectual y cultural nacionales.

Historia e historiografía de colecciones de “libros nacionales”

En su epílogo, el estudio de Degiovani genera hipótesis de larga duración para visualizar algunas de las colecciones que transformaron los esquemas de Rojas e Ingenieros entre 1930 y 1960. Destaca, entre otras, a la colección *Grandes Escritores Argentinos* que dirigió Alberto Palcos entre 1927 y 1947 y publicaron las editoriales Gleizer, El Ateneo y Jackson. A pesar de su pasado socialista, Palcos alineó sus elecciones con las políticas culturales oficiales, de modo similar a Rojas. Llegando a los años sesenta, Degiovani remarca la aparición de la colección *Del Siglo y Medio* que coordinó Horacio Achával en la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (Eudeba). La colección *El Pasado Argentino* no es abarcada en esas genealogías por considerar Degiovani (2007: 333) que “su propósito específico no fue la difusión de un canon retrospectivo de clásicos nacionales”.

Como se evidencia en este trabajo, no concuerdo con esta apreciación normativa: el elenco de autores y de géneros abarcados, las formas materiales de los volúmenes y la explícita reflexión de Weinberg sobre su colección como sucedánea de los proyectos de Rojas e Ingenieros no dejan dudas sobre el encuadramiento de *El Pasado Argentino* y sus desdoblamientos editoriales bajo otras denominaciones como un proyecto de reconfiguración de un canon del pensamiento nacional:

G. Sorá: ¿Qué antecedentes reconoce del perfil de una colección como *El Pasado Argentino*?

G. Weinberg: José Ingenieros y Ricardo Rojas. Con otras características. Es decir, todos mis libros tienen prólogos, todos. Estudios hechos *ex profeso* por especialistas de tendencias distintas. Yo les decía que tenían la más amplia libertad para expresar sus puntos de vista, pero el único compromiso era que le dijeren al lector por qué diablos se publicaba ese libro. Por ejemplo, por qué se publicaba un libro de hace cien, ciento cincuenta años. Las colecciones de José Ingenieros y Ricardo Rojas tenían un trasfondo más bien político. Yo le quise dar la impronta social, la económica, las costumbres” (Sorá 2006, p. 467).⁷

Aparte de la consideración de agentes extranjeros que rodearon la aparición de *El Pasado Argentino* en su fase Hachette, este trabajo explora hasta que punto la edición de autores nacionales fue interdependiente de un incansable trabajo de Gregorio Weinberg como traductor, es decir otra faceta “externa” insoslayable para la diferenciación simbólica de una literatura y un pensamiento nacionales (Casanova, 2001; Willson, 2004).

Para el gerente general de la sucursal argentina, Elias Palasí, el premio dotaba a Hachette de legitimidad frente a las “autoridades argentinas” y al medio intelectual. En lugar de transferir el monto del premio a Weinberg, este fue utilizado para ampliar la difusión general de Hachette en el país. En aquel año de celebraciones patrióticas, la colección ganó realce publicitario. Eran evidentes los réditos simbólicos y veladamente económicos que decantaban de una exposición de la editorial extranjera a través de la colección de pensamiento argentino.

⁷ Entrevisté a Gregorio Weinberg entre 1999 y 2001, como una de mis primeras aproximaciones para caracterizar aspectos centrales de la evolución del mundo editorial argentino e hispanoamericano, proyecto de investigación que prosiguió a mis trabajos anteriores de sociología e historia de la edición en el Brasil. Una edición de mis entrevistas a Gregorio Weinberg fue publicada por la revista *La Biblioteca*: Sorá (2006).

A LA
REPUBLICA
ARGENTINA
EN SU SESQUICENTENARIO



HOMENAJE DE LA
COLECCION
**EL PASADO
ARGENTINO**
HACHETTE - BUENOS AIRES

COLECCION "EL PASADO ARGENTINO"

Dirigida por G. WEINBERG

(Nota de atención):

ESTAMPAS DEL PASADO
(Lecturas de Historia Argentina)

Recopilación de JOSE L. BUSANICH

Testimonio de acontecimientos, desde 1857 hasta 1910, cuidadosamente ilustrados con grabados de época que permiten un ómnino y auténtico conocimiento de lo visto en el campo y la ciudad, las fiestas y las trancentes, costumbres de gauchos e indios, vivienda y alimentación, sucesos y escenas de nuestra historia, en libro único e inapreciable.

Volumen de 964 páginas con 380 ilustraciones
Precio: Rústica \$ 320 - Encuadernado \$ 300

(Nota al lector publicador):

J. B. Aznar, FRAGMENTO PRELIMINAR AL ESTUDIO DEL DERECHO, \$ 55 - A. Berro, FRONTERAS Y TERRITORIOS FEDERALES DE LAS PAMPAS DEL SUR, \$ 80 - J. A. B. Brounau, VIAJES POR BUENOS AIRES, ENTRE RIOS Y LA BANDA ORIENTAL (1826/1827), \$ 70 - P. Callarín de la Berra, LA AURORA EN COPACABANA, \$ 50 - CORRESPONDENCIA ENTRE ROSAS, QUIROGA Y LOPEZ, Recopilación de E. M. Barón, \$ 80 - EL GRAMA RURAL, Estudio preliminar de L. Oyarzá, \$ 100 - EL SAINETE CRIOLLO, Selección de T. Corral, \$ 160 - T. Folken, DESCRIPCIÓN DE LA PATAGONIA Y DE LAS PARTES CONTIGUAS DE LA AMERICA DEL SUR, \$ 75 - J. V. González, LA TRADICION NACIONAL, \$ 85 - E. Gutiérrez, CIRCOS Y JULIETAS MILITARES, \$ 50 - E. Gutiérrez, LA MUERTE DE BUENOS AIRES, \$ 100 - E. L. Heintzen, CUENTOS FANTASTICOS, \$ 85 - L. B. Mackinnon, LA ESCUADRA ANGLO-FRANCOISA EN EL PARANA (1846), \$ 55 - L. V. Marañón, MIS MEMORIAS, \$ 60 - B. Nino, LAS RUINAS DE TARIANACO, \$ 45 - F. O. V. Archa, ROSA POLITICA - F. de Azara, APUNTAMIENTO PARA LA HISTORIA NATURAL DE LOS CUADRUPOS DEL PARAGUAY Y DEL RIO DE LA PLATA - M. Baroja, ASPECTOS ECONOMICOS DEL FEDERALISMO ARGENTINO - CANCELERO ARGENTINO, Recopilación de H. J. Beco, - DOCTORIA DRAGO, Estudio preliminar de A. L. Pajado, - A. M. Eitán, DE TIERRA ADENTRO - C. Gallo y Quiro, PARAGUAY - G. H. Harlow, CARTAS SOBRE LA CRISTOLOGIA DE BUENOS AIRES - LA COMEDIA DE COSTUMBRES, Selección de J. de Diego - F. Lima, ENTREVISTA DE BUENOS AIRES - L. V. López, LA GRAN ALDEA - J. Marmel, MANUELITA ROSAS Y PRECISAS POLITICAS DEL EXILIO - M. T. Poldoski, IRRESPONSABLE - F. Scarpignolo, LOS ESTUDIANTES - A. Varela, DOS GRANDES INTENTAS - B. Vitolina, REMINISCENCIAS HISTORICAS - E. Zabolini, VIAJE AL PAIS DE LOS ABALICANOS.

EDICIONES HACHETTE

Elias Palasí era un funcionario de larga trayectoria en la empresa Hachette, que solo pensaba en mantener un equilibrio financiero y amoldar la evolución de la sucursal a las exigencias del Département Étranger.⁸ Nunca tuvo fe en el proyecto de Weinberg.

Palasí era una bellísima persona, pero era un contador. Él lo que quería era mandar el balance mensual a París con saldo en caja. Nosotros le decíamos: “pero fíjese señor Palasí, fíjese la inflación...”. Era muy difícil. Le puedo contar veinte anécdotas de él. Así y todo, yo pude seguir bastante con mi colección *El Pasado Argentino*. Para que se haga una idea del clima de trabajo le cuento la historia de la publicación de un título. En Estados Unidos se había publicado *Aspectos económicos del federalismo argentino*. Se me escapa hoy en día el nombre del autor [Miron Burgin]; un polaco exiliado en los Estados Unidos. Un libro importantísimo. Yo me enteré por las revistas de historia y lo pedí a través de un agente literario, como se hacía entonces. Me llegó el ejemplar en inglés y yo lo tenía en mi escritorio. Palasí era muy simpático y todos los días venía a verme. Un día le comento: “Estoy leyendo este libro y me parece extraordinario. Sobre el federalismo argentino, no hay nada mejor, salvo el libro de Juan Álvarez, que es otra cosa. —¿Quién es el autor? —Es un polaco emigrado que se doctoró con este libro. —¡No! ¡Cómo vamos a publicar estas cosas!”. Él siempre desalentaba por miedo al entusiasmo pasajero. Palasí iba y venía, miraba ese libro y no me hablaba. Y un día me llama el agente literario, el señor Lawrence Smith, que era un cabañero, un agente literario inglés correctísimo porque cuando él ofrecía un libro a alguien no lo sabía nadie. Es decir que actuaba como un verdadero profesional del libro. Me llama y me dice: “Mire, Don Gregorio: Emecé me pide el libro y usted tiene la preferencia porque lo tiene hace tres meses. Si usted no se decide, se lo voy a tener que dar a Emecé”. Y

⁸ Elias Palasí nació en Zaragoza en 1891 y dirigía Hachette Argentina desde 1949. Era docente y escultor. Se inició en la actividad editorial en su ciudad natal, donde habría publicado piezas de Álvarez Quinteros y participado de la edición de la Biblioteca Zozaya (“Qué opina un experto sobre los problemas del libro”, en revista *Qué. Sucedió en 7 días*, año II, n° 95, 7 de agosto de 1956, pp. 30-31). Palasí comenzó a trabajar en la sucursal madrileña de Hachette en 1922 y dos años después pasó a dirigirla hasta 1939, cuando fue nombrado director del Departamento Extranjero para los países hispanohablantes. De este modo comenzó a viajar asiduamente a América del Sur.

entonces le digo: “Mire señor Smith, llámelo a Palasí directamente y dígame lo que me está diciendo a mí. Hágame caso. Después me cuenta el resultado”. Inmediatamente lo llama. A los cinco minutos viene Palasí hecho una furia, y me dice: “¡Ah! Pero, Don Gregorio, con estas indecisiones vamos a perder todos los libros. ¡Hay que tomar decisiones! ¡Emecé no nos puede tomar la delantera!” (Sorá 2006, p. 464).

Friends: Gran Bretaña y Argentina

Así prosigue la entrevista: “Otro caso similar fue con la edición de Ferns: *Gran Bretaña y Argentina*, un libro muy importante del cual se tiraron cinco ediciones.⁹ Tuvo una enorme repercusión porque es una visión sobre las relaciones inglesas y argentinas desde la mirada de un inglés. Lo escribió un señor ingenuo, cándido, que no conocía la historia argentina. Nunca había estado acá, pero dice la verdad de los documentos que encuentra. El episodio fue así: se publicó en *La Nación* un largo artículo en el que se decía: ‘acaba de aparecer un libro sensacional de un profesor de la Universidad de Edimburgo sobre las relaciones entre Gran Bretaña y Argentina...’ Allí aborda los negociados que hubo entre empresas y muchos nombres patricios metidos en coimas. Ahí le dije a Palasí: ‘¿Vamos?’ ‘No, deben ser muy caros los derechos’. Emecé le pidió los derechos a Mr. Smith. Él se los dio y lo tradujo un tal Alberto Luis Bixio. Después yo le dije a Mr. Smith: ‘Mire una cosa: Emecé tiene los derechos. Según las normas, durante un año tiene que publicarlo si no los pierde. ¿Por qué no me da la primera opción? Anótelos en su libro. Yo le pido la primera opción para hacerlo porque tengo el presentimiento de que Emecé no lo va a hacer’. Y se dio así. Le compramos la traducción a Emecé, se publicó y tuvo un éxito enorme; ya es un clásico. Ése era el clima de trabajo” (Sorá, 2006, pp. 464-465).

⁹ Desconozco las razones por las cuales Weinberg utilizó la palabra *friends* como título original del libro de H. S. Ferns, que en 1960 fue publicado en Nueva York, por Oxford University Press, como *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*.

Un año antes del premio Casavalle, Palasí había recibido un informe de Meunier de Houssoy, el director general de Hachette, donde evaluaba el catálogo de la sucursal argentina y generaba detalladas indicaciones para cada colección. Así apreciaba a El Pasado Argentino, junto a las colecciones Diorama (novelas), Excelsa (selección de obras en ediciones de lujo),¹⁰ Numen (artes) y la Biblioteca Hachette de Filosofía. “Estas colecciones me parecen mediocres, sus ventas son lentas y su stock es muy abultado. No deben salir nuevos títulos. Atención, no ultrapasar el actual stock”.¹¹

Ventas y stock de la colección El Pasado Argentino entre agosto de 1957 y agosto de 1958

Volúmenes en stock al 31/8/1957	Entradas del ejercicio¹²	Ventas del ejercicio	Volúmenes en stock al 31/8/1958	Ventas del año	Stock al 31/8/1958
29 391 ejemplares	18 690 ejemplares	8 696 ejemplares	39 385 ejemplares	\$252 688	\$532 645

Tras estos juicios, la figura de Weinberg en Hachette también quedaba debilitada en la medida en que su trabajo estaba estrechamente vinculado a la Biblioteca de Filosofía, que hacia 1960 se componía de los siguientes títulos: *Las edades de la inteligencia*, de León Brunschvicg; *Ciencia griega*, de Benjamin Farrington; *Ciencia de la lógica*, (dos volúmenes) de Georg Hegel; *Historia de la filosofía*, (varios volúmenes) de Paolo Lamanna; *La estructura del comportamiento*, de Maurice Merleau-Ponty; *Historia y solución de los problemas de la metafísica*, de

¹⁰ En la colección Excelsa, por ejemplo, apareció *Antología del cuento extraño* de Rodolfo Walsh, con encuadernación en cuero.

¹¹ Ajustando las apuestas de la sucursal argentina al centro de interés tradicional de Hachette, Houssay proponía desarrollar la Biblioteca Juvenil Hachette.

¹² Novedades y reimpressiones.

Charles Renouvier; *Filosofía de la fidelidad*, de Josiah Royce; *La obra de Platón*, de Pierre Maxime Schuhl; *Ensayo de la locura*, de Erasmo de Rotterdam; *En los orígenes de la filosofía de la cultura*, de Rodolfo Mondolfo y *Ensayo sobre las costumbres*, de Voltaire (Catálogo General de Ediciones Hachette, año 1960, p. 3). Todos estos títulos eran elecciones y proyectos de envergadura de Gregorio Weinberg.¹³ Esta evidencia traza la hipótesis general de este estudio: para Weinberg, la edición del pensamiento nacional era indisociable de la edición del pensamiento universal, en su tradición humanista y racionalista. Traducir la nación o enmarcarla bajo insumos intelectuales que llevaran a pensar la universalidad de su singularidad y guiar la educación de los lectores hacia una civilidad progresista.¹⁴

Hijo de inmigrantes ucranianos judíos, Gregorio Weinberg nació en Buenos Aires en 1919 y a fines de los años treinta estudió Derecho y Filosofía. Como veremos, hacia 1944 trabajó en la Editorial Lautaro y estuvo ligado a la intelectualidad reformista que en el ámbito de la filosofía era liderada por Francisco Romero. Como consecuencia, durante el peronismo para él la universidad no fue un ámbito de acción intelectual posible y participó en actividades de “resistencia” cultural como las promovidas por el Colegio Libre de Estudios Superiores.

¹³ Por fuera de las dos colecciones, en Hachette, Weinberg también fue responsable de la edición de otros títulos de autores argentinos, como *Siete arqueólogos, siete culturas* de Márquez Miranda; de la reedición de títulos que él había traducido y editado por Lautaro, como *Cuestiones fundamentales de antropología cultural* de Franz Boas; o de la versión castellana de un gran emprendimiento de la casa matriz, una historia de la vida cotidiana, en numerosos volúmenes.

¹⁴ En Argentina, la fe en la lectura como instrumento civilizatorio representó un esquema de pensamiento cristalizado por la obra de Domingo Faustino Sarmiento en la segunda mitad del siglo xix. Fue asumido como bandera liberal, tanto por conservadores como Bartolomé Mitre (y por sus descendientes, a través del diario y la Biblioteca La Nación), como por socialistas, a través de las universidades populares y proyectos editoriales Claridad. Las colecciones de pensamiento nacional de Ricardo Rojas e Ingenieros también eran guiadas bajo esta creencia: la primera bajo un cuadro ideológico nacionalista y conservador, la segunda abierta a los “problemas sociales” y al cosmopolitismo. Como ya se observó, Weinberg reconocía estos proyectos editoriales como antecedentes del suyo, aunque su posición ideológica lo orientaba hacia los segundos términos de estas oposiciones ideológicas.

Weinberg entró a trabajar como empleado de Hachette a inicios de los años cincuenta. Para muchos docentes e intelectuales excluidos de la universidad por el peronismo, el mercado editorial ofrecía una alternativa de trabajo y un medio fértil para la intervención intelectual. Tales contradicciones habrían sido bien aprovechadas por Weinberg para convencer a los franceses de apostar en El Pasado Argentino:

Al tiempo, yo les hice la propuesta de la colección El Pasado Argentino, idea que no aceptaron con mucho entusiasmo. Pero los convencí utilizando un argumento un poco ilegítimo. Les dije: “Miren, estamos viviendo la época de Perón, un nacionalismo excesivo. Y, además, fíjense ustedes que hay cierta actitud xenófoba. Hay problemas de divisas y algún día les van a decir: ¿Cómo es? ¿Ustedes no hacen nada por la cultura argentina? Siguen trayendo más libros franceses, revistas francesas”. ¡Eran cajones y cajones! Bueno, ese argumento fue el que me permitió iniciar la colección El Pasado Argentino en el año 54, antes de la caída de Perón. (Sorá 2006, p. 463).

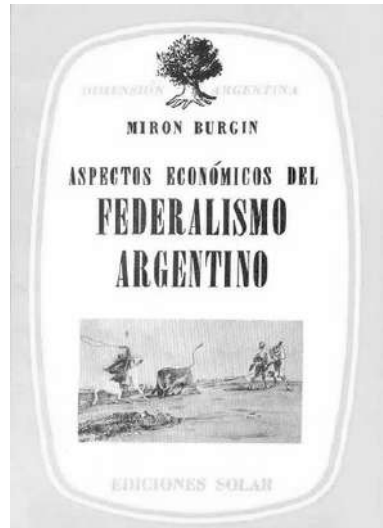
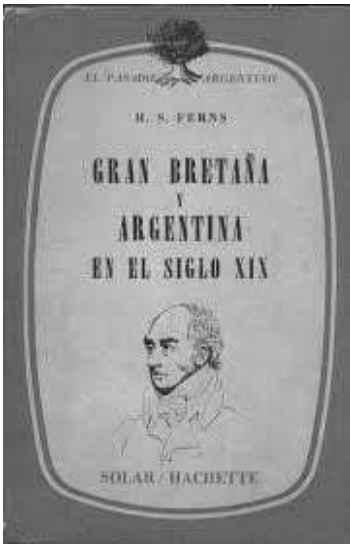
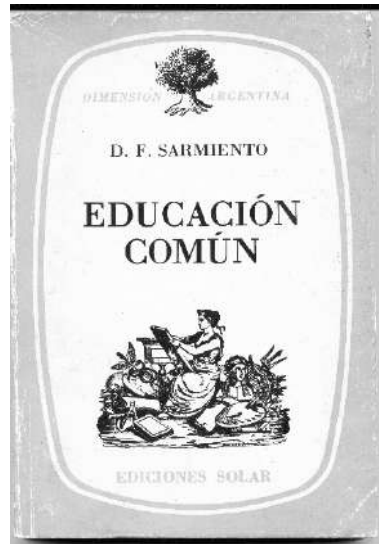
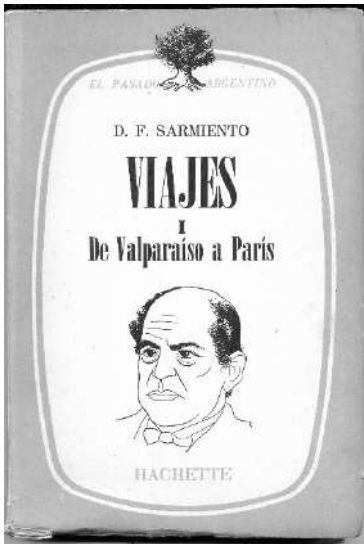
Hachette, al igual que buena parte de los importadores, había tenido serios problemas financieros y políticos en 1950, cuando recrudesció el control del cambio de divisas extranjeras y de permisos de importación. Además, durante la guerra, Hachette había sido “colaboracionista” (Mollier, 2015), motivo por el cual las autoridades diplomáticas gaullistas le quitaron apoyo y beneficiaron a importadores concurrentes (en la Argentina), como la distribuidora Lerú, de Neprowski. Weinberg interpretó como nadie la fragilización de la posición de sus empleadores. Entonces, como jugada magistral, propuso un plan para la aproximación cultural de Hachette a la Argentina.

El plan era perfecto en su faz simbólica, pero incierto en el rendimiento económico. Hacia finales de los años cincuenta recrudescieron las dificultades financieras de la sucursal de Hachette, debido a fenómenos locales y externos. Por un lado, cierta retracción del mercado editorial argentino por problemas generales (inflación, obsolescencia de parques gráficos, encarecimiento de materias primas, agresiva concurrencia del mercado español) y específicos (desplazamiento de la

producción cultural gala por la creciente imposición del idioma inglés y de modas culturales anglo-sajonas). Bajo ese marco, hacia 1960 se produjo una reestructuración de la empresa local, iniciada por el arribo de M. Musset, hijo de un alto funcionario de la casa matriz que aplicó severas medidas de saneamiento. Entre otras medidas, desplazó al experimentado Palasí de la gerencia general.

Hacia 1957, tras el derrocamiento de Perón, Gregorio Weinberg comenzó a impartir clases de Historia de la Cultura e Historia Universal en la Universidad de Buenos Aires; primero lo hizo en los cursos de ingreso a Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (1957), Arquitectura y Urbanismo (1957/1961) y Filosofía y Letras (1961/1963). A partir de 1963 centró su actividad docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Allí asumió la titularidad de las cátedras de Historia de la Educación Universal e Historia de la Educación Argentina (Departamento de Ciencias de la Educación) e Historia del Pensamiento Argentino y Latinoamericano (Departamento de Filosofía). A pesar del reconocimiento del Premio Carlos Casavalle, las condiciones que pasaron a imperar en Hachette lo decidieron a continuar la colección *El Pasado Argentino* de modo independiente. Para eso creó el sello Solar. Este había sido el nombre de una pequeña editorial del historiador José Busaniche, autor de la colección. Weinberg le compró el nombre del sello y traducciones de viajeros ingleses. Hachette puso trabas para la separación: impidió usar el nombre de la colección. Por ello Weinberg la rebautizó *Dimensión Argentina*. La negociación resultó en la distribución exclusiva por Hachette a cambio de la compra automática de quinientos ejemplares de cada título. El resultado fue un esquema de coedición que, por un lado, revalidaba la actitud de Hachette para “contribuir” a la cultura argentina y, por otro lado, garantizaba la continuidad de una colección que siguió manteniendo el patrón gráfico: tapas de reborde celeste, fondo blanco para viñetas, dibujos o grabados en negro, y la imagen de un ombú que liga “el pasado” y “argentino”.¹⁵

¹⁵ Como símbolo de argentinidad, la impronta del ombú en la colección *El Pasado Argentino* recuerda al dibujo de la palmera imperial (*palma regia*) que simbolizaba la



colección Documentos Brasileiros de la editorial José Olympio (iniciada en 1935 bajo la dirección de Gilberto Freyre), una referencia extranjera que Gregorio Weinberg ciertamente conocía y admiraba. En ambos íconos, las raíces se remarcan como vector que nutre ambas culturas nacionales y un pasado y presente.

Para la producción de nuevos títulos, Weinberg ya no contaba con la estructura e inversión de Hachette. Pero su trayectoria en el mundo editorial e intelectual lo habían dotado de extensas redes. Dos de sus amigos, ligados con distinto grado de intensidad al judaísmo y al mundo del libro, eran el Abraham Weiss, dueño de la imprenta El Gráfico impresores, y Gregorio Schwartz, dueño de la editorial Siglo XX. Para comenzar sus actividades, Dimensión Argentina contó con el apoyo financiero de otro amigo: Rodolfo Schwartz.¹⁶ Para la producción editorial de cada libro, Weinberg contaba con el auxilio de un empleado; para ello escogió a dos excompañeros de trabajo de Hachette: primero, Horacio Aníbal Maniglia, y luego un señor de apellido Barrancos. El ritmo de lanzamientos fue moderado (unos cinco títulos por año) pero continuó hasta finales de los años noventa, cuando la colección fue rediseñada como Nueva Dimensión Argentina, al ser relanzada por Taurus, poderoso grupo editorial español, otra empresa extranjera. Libros como *Estampas del pasado* (*Lecturas de historia argentina*), de José Luis Busaniche, *Historia de la ganadería*, de Horacio Giberti y *Revolución en las Pampas. Una Historia social del Trigo*, de James Scobie contaron con numerosas

¹⁶ Este vínculo demuestra una informal ligazón de Gregorio Weinberg con redes sociales y culturales del judaísmo argentino. A pesar de no practicar la religión y no haber participado activamente de la vida comunitaria, Gregorio Weinberg tuvo expresiva participación en algunos proyectos culturales del judaísmo. Si se considera apenas su obra escrita, se observa que publicó tres artículos en *Davar* (1947, n° 14; 1959, n° 83; 1961, n° 90) y ocho en *Comentario* (1956, n° 11; 1958, n° 19; 1959, n° 22; 1961, n° 27; 1961, n° 28; 1969, n° 68; 1970, n° 74; 1970, n° 74). *Davar* era la publicación bimestral de la Sociedad Hebrea Argentina y salió entre 1945-1976. *Comentario* era la publicación trimestral del Instituto Judío Argentino de Cultura e Información y apareció entre 1953 y 1970. Una detallada historia del "libro judío en Argentina" fue escrita por Alejandro Dujovne (2014). Su tesis demuestra que los agentes de origen judío guardaron (y guardan) una expresiva sobrerrepresentación en la historia editorial e intelectual argentina. Las redes del judaísmo (mediadas por la academia, la política u otros campos) se manifiestan en relaciones de afinidad, materializadas en los nombres de traductores, impresores, editores, directores de colección y tantos otros agentes que dirimen los tableros en los que se negocian los actos de traducción y edición desde el país sudamericano.

reediciones, aunque la mayoría de los títulos se vendían lentamente. Así relataba Gregorio Weinberg la “filosofía” de la colección:

Yo quería dar una imagen del país plural: historia, literatura, antropología, viajeros, conquista del desierto, crónicas provinciales, todo ese panorama. Y también publiqué una cantidad de libros que se salían un poquito de las pautas convencionales. Por ejemplo, publiqué por primera vez en forma de libro el sainete criollo. Un eminente crítico argentino me llamó y me dijo: “Gregorio, no puede ser, usted publica a Sarmiento, a Payró, no puede publicar sainete”. Yo le respondí: “Mire: yo no tengo particular gusto por el sainete. Pero el sainete es el más lindo testimonio de sociabilidad en tiempos del impacto migratorio, del conventillo, de su idioma... Y algunos de los sainetes son una belleza”. Al “Velorio del angelito” yo lo imaginaba casi como un ballet: los compadritos que entran y salen. Digamos que tuve mis disgustos también con el ambiente que no tenía sensibilidad para entender que Sarmiento podía estar al lado del sainete.

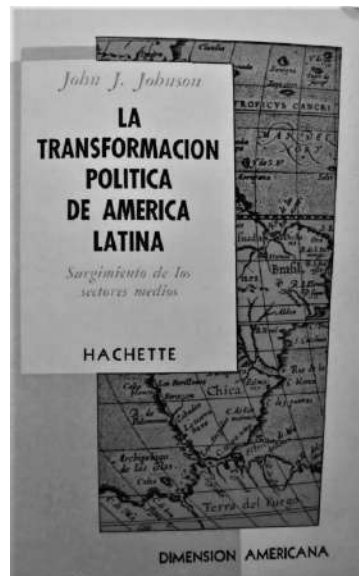
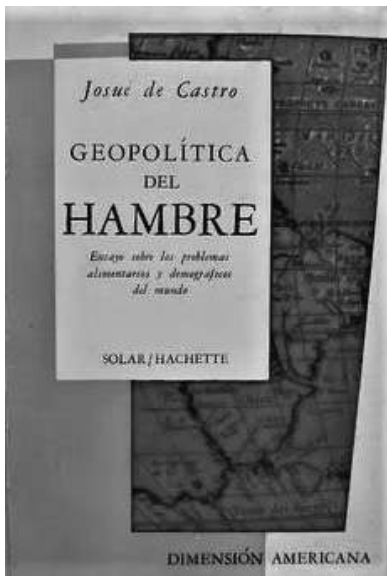
Sarmiento al lado del sainete, criollos al lado de viajeros foráneos, historiadores argentinos e historiadores anglosajones, agentes literarios extranjeros para pleitear por títulos sobre realidades locales producidos en tierras distantes. Otra faceta de aproximación de lo nacional a lo extranjero¹⁷ fue el lanzamiento de la colección Dimensión Americana, a lo largo de la década de 1960. Argentina (su pensamiento, sus problemas y desafíos) sería cabalmente comprensible como unidad de una totalidad continental.

Dimensión Americana

Fue el nombre de una colección dirigida y editada por Gregorio Weinberg, entre 1961 y 1971. El primer modelo de esta clase de colecciones

¹⁷ La relación nacional/extranjero como fuerza dialéctica de construcción de culturas singulares es ejemplarmente propuesta en los trabajos del sociólogo brasileño Sergio Miceli (2003 y 2009)

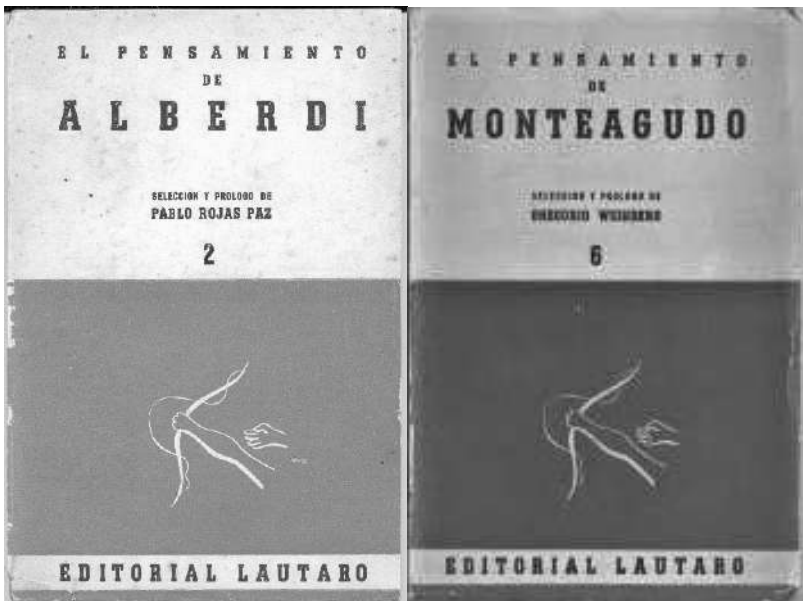
de “problemas americanos” fue Tierra Firme, del Fondo de Cultura Económica, iniciada en 1945. También aparecieron dos títulos en 1984. Las temáticas eran típicas de los problemas de la planificación y el desarrollo: hambre/alimentación; desarrollo económico y social; educación y emergencia de sectores medios; urbanización; industrialización; conflictos armados; agricultura; demografía; cambio social, etcétera La sociología, la economía y la ciencia política eran las disciplinas de referencia. Entre los autores sobresalían Josué de Castro, John Johnson, José Medina Echavarría y Juan Marsal. Tres títulos reproducían documentos de la CEPAL y otros dos de la Unesco. Menor peso tenía la historia, con crónicas de viajeros como Von Humboldt, George Anson y Amadée François Fréizer. Por esta colección fueron publicados alrededor de dos docenas de títulos, de los cuales poco menos de la mitad fueron traducciones. Todos aparecieron bajo el sello Solar/Hachette, excepto los dos volúmenes aparecidos en 1984.



Lautaro y los Tratados Fundamentales: proyección nacional de un catálogo universal

En Hachette, Gregorio Weinberg reconfiguró un proyecto cuya génesis se remonta a su trabajo en la editorial Lautaro. Allí comenzó a colaborar con veintitrés años, cuando se aproximó para ofrecer su primer estudio de relieve: *El pensamiento de Monteagudo*, editado en la Biblioteca del Pensamiento Argentino, número 6, en 1944. Veamos el sentido que buscaban los editores para este proyecto:

Editorial Lautaro dedica esta selección del pensamiento de los arquetipos de la nacionalidad, reunidos bajo el título genérico Biblioteca del Pensamiento Argentino, a la generación que tiene la responsabilidad histórica de defender y desarrollar el patrimonio de ideas que dio independencia, libertad y progreso a la República (mensaje reproducido en las páginas de presentación de cada volumen).



Durante la Segunda Guerra Mundial, independencia, libertad, progreso, responsabilidad, defensa eran palabras de orden proaliadas. Lautaro fue una editorial creada por la suma de un conjunto heterogéneo de agentes en busca de alternativas de inversión financiera, intelectual y política durante un período fértil para la reconversión de capitales y la gesta de misiones morales y pedagógicas. La editorial fue creada y dirigida por Sara Maglione de Jorge, con apoyo financiero de su padre Eduardo, abogado de Gath & Chaves, miembro del Jockey Club y de selectos círculos de la elite social porteña. También aportaron capitales José Iturrat y Jacobo Saslavsky, gerente general de Bunge & Born, destacado filántropo al interior de la comunidad judía. Lautaro fue creada, en cierta medida, como una nueva apuesta de Sara Maglione tras su separación de Faustino Jorge, un militante destacado del Partido Comunista con quien había vivido años de intensa militancia en la segunda mitad de los años treinta. La editorial quedó señalada políticamente tras el lanzamiento de uno de los primeros títulos: *Solamente las estrellas son neutrales*, de Quentin Reynolds, un alegato a favor de la acción aliada, editado en 1943 con traducción de Taba Bronstein. Este libro fue requisado por la policía durante una feria del libro. Al año siguiente, Lautaro publicó el libro *La hija del tiempo* de Nelia Gardner White, que llevaba la ilustración de la tapa de Norah Borges.

Después del libro sobre Monteagudo, Weinberg continuó ligado a la editorial como asesor literario y al proponer un proyecto junto a Manuel Sadosky (Buenos Aires, 1913 — 2005), doctor en física y matemática, docente de las universidades de Buenos Aires y La Plata. Al igual que Gregorio, Sadosky era hijo de inmigrantes ucranianos judíos. El proyecto editorial que desarrollaron en Lautaro se denominó *Tratados Fundamentales*, una colección de humanidades en las que prevalecieron la filosofía y la antropología.¹⁸

¹⁸ De una semblanza de Sadosky sobre Weinberg, subrayó dos dimensiones que alimentan la comprensión de las razones de proyectos culturales de tamaño envergadura. Sobre Lautaro decía: “ese era mi medio de vida, para un joven de izquierda era muy difícil conseguir ningún puesto, porque estaba la Sección Especial”, aparato de

Colección Tratados Fundamentales	
Levy-Bruhl	<i>La Mentalidad Primitiva</i> (1945)
León Brunschvicg	<i>Las etapas de la filosofía matemática</i>
Ernest Renan	<i>Averroes y el averroísmo</i>
Morgan	<i>La sociedad primitive</i>
Baron de Holbach	<i>Sistema de la naturaleza</i>
Kant	<i>Historia natural y Teoría General del Cielo</i> (1946)
Spinoza	<i>Tratado teológico-político</i>
Lévy-Bruhl	<i>Las funciones mentales en las sociedades inferiores</i>
Hegel	<i>La ciencia de la lógica</i>
Bacon	<i>Del adelanto y progreso de la ciencia divina y humana</i>
Locke	<i>Ensayo sobre el entendimiento humano</i>
Clausewitz	<i>De la guerra</i>
Bernal	<i>Función social de la ciencia</i>

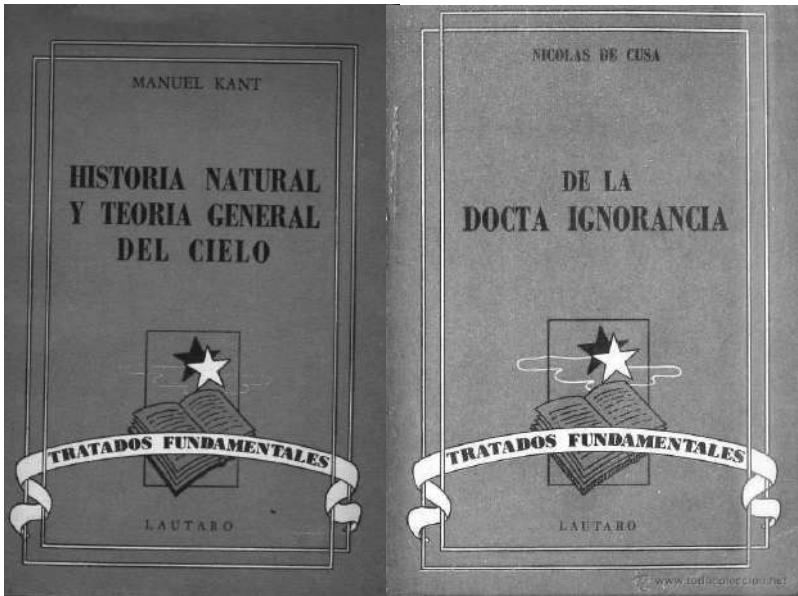
corte fascista del gobierno nacional. Sobre la colección: "A pesar de todas las idas y venidas de la política argentina, seguimos siempre con una línea bien clara sobre lo que convenía difundir en el país: éramos racionalistas, éramos partidarios de dar a conocer las ideas de los grandes pensadores" (Sadosky 2000, pp. 48 y 50). Sadosky fue activo militante comunista hasta 1946. A inicio de la década de 1960 fue pionero en la introducción de la computación en el país.

Condillac	<i>Tratado de las sensaciones</i>
Cardenal N. de Cusa	<i>La docta ignorancia</i>
D'Alembert	<i>Discurso preliminar de la "Enciclopedia"</i>
Lefebvre	<i>El existencialismo</i>
Voltaire	<i>Cartas filosóficas</i>
Aristóteles	<i>Metafísica</i>
Lyell	<i>Principios de geología</i>
J. J. Rousseau	<i>Dos discursos</i>
F. Boyle	<i>El físico escéptico</i>
Boas	<i>Cuestiones fundamentales de antropología cultural (1947)</i>

Al año de iniciada la colección, Manuel Sadosky migró a Francia e Italia para realizar estudios posdoctorales. La continuidad del proyecto quedó prioritariamente a cargo de Gregorio Weinberg, aunque Sadosky siguió colaborando desde el exterior y retomó el trabajo en Lautaro cuando regresó en 1948. En la selección de textos se reconoce un linaje intelectual marcado por la génesis del racionalismo entre humanistas modernos y algunas de sus más conspicuas aplicaciones para demostrar la historicidad de las categorías elementales del pensamiento. Uno de los temas que apasionaba a Weinberg, por ejemplo, era la idea de tiempo. De allí que se imbricaran filósofos de la antigüedad clásica y de la era moderna, junto con científicos

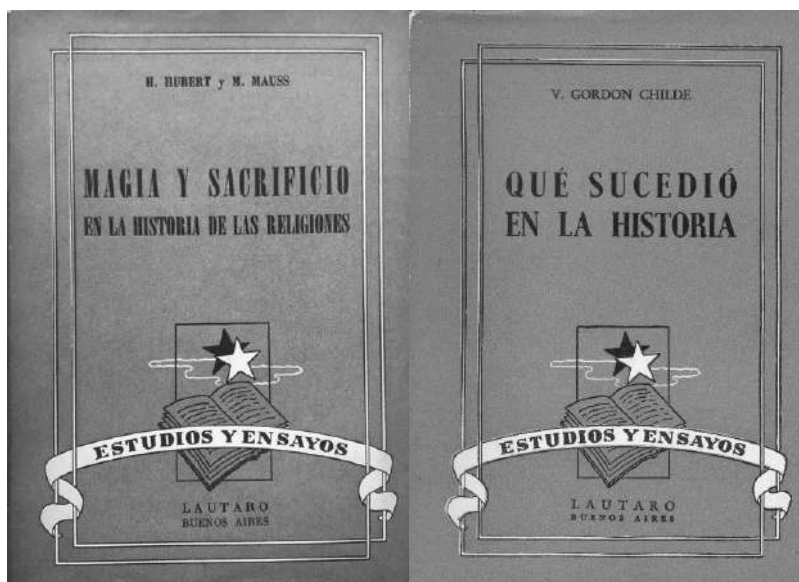
decimonónicos e investigadores contemporáneos. La antropología¹⁹ sobresalía como la disciplina que en la era contemporánea historizaba los problemas decisivos de la tradición filosófica occidental.

En Lautaro, la edición de ciencias sociales también fue canalizada por la colección Estudios y Ensayos, dirigida por Weinberg. Allí salieron, por ejemplo, *Magia y sacrificio en la historia de las religiones* de Henri Huber y Marcel Mauss (1946) y *Qué sucedió en la historia* de Vere Gordon Childe, traducciones pioneras al castellano para autores trascendentales en el escenario académico internacional.²⁰



¹⁹ Sadosky (2000, p. 49) afirma que los antropólogos de la colección fueron introducidos por Weinberg.

²⁰ Entre otros planes no concretados de la colección Tratados Fundamentales estuvo la realización de una primera traducción al castellano de *Las formas elementales de la vida religiosa* de Émile Durkheim.



En un momento de tan fuertes polarizaciones ideológicas, las elecciones que manifestaban ambas colecciones trasuntaban un humanismo, racionalismo, historicismo que al menos confrontaba con posiciones metafísicas y, por corolario, teológicas. Es decir, se posicionaba a la izquierda y como universalista programa civilizador que, por ende, hacía sistema en el conjunto del catálogo de Lautaro, el cual, como vimos también incluía una biblioteca de pensamiento argentino. Este posicionamiento queda ratificado por el conjunto de relaciones de amistad y las afinidades con otra serie de agentes. En primer lugar, cabe considerar las relaciones con el filósofo neokantiano Francisco Romero, profesor de las universidades de Buenos Aires y La Plata y director de la Biblioteca de Filosofía de Losada, la más prestigiosa editorial generalista en lengua castellana por aquellos años:

Sorá: *¿A quiénes recuerda de la Facultad de Filosofía y Letras?*

Weinberg: Antes que a nadie, a Francisco Romero. Siempre estuve ligado a la universidad y en la época del eclipse de la universidad, participé del Colegio Libre de Estudios Superiores.

Sorá: *¿Usted alimentaba sus proyectos editoriales en función de sus proyectos pedagógicos?*

Weinberg: Sí. Nos reuníamos, conversábamos, hablábamos de que tal libro no era tan importante, que tal otro sí, etcétera Francisco Romero fue muy generoso. Un día nos dijo: “Yo, en Losada, tengo muchos libros de filosofía que no puedo publicar. Si alguno de ustedes se anima a publicarlos, yo les doy ideas”. Él alentaba a todo el mundo.

Sorá: *¿Y cómo era la coexistencia de su proyecto con la Biblioteca Filosófica de Losada?*

Weinberg: Romero tenía una orientación más germánica. También más contemporánea, aunque publicó un Bacon.

Sorá: *¿Y cómo era su relación con Francisco Romero y Losada?*

Weinberg: Muy buena. Él me prologó el libro de Voltaire, *Ensayo de las costumbres*. También llegamos a pensar en hacer alguna cosa conjunta. Ciertos títulos que yo pensaba que encuadraban mejor en su colección se los proponía y él también me sugirió alguna cosa. Además de su trayectoria y de sus inclinaciones, hay que considerar que Francisco Romero trabajaba con Losada. Y Losada era una editorial mayúscula. Tenía un equipo de gente fantástico. Y don Gonzalo era muy inteligente, muy intuitivo (Sorá 2006, p. 460).

“Ese es mi orgullo”, decía Weinberg en las entrevistas a propósito de *Tratados Fundamentales*. Además del regocijo por la magnitud de las obras traducidas, esa sensación se refiere al estilo de trabajo de intervención editorial de los directores de colección que luego fue constante para todos los trabajos que realizó Weinberg. En primer lugar, se destacaba un muy esmerado trabajo de traducción realizado por los propios directores o por terceros, que incluía el cotejo

frecuente entre traducciones en diversas lenguas.²¹ En segundo lugar, cada volumen se introducía con estudios o notas preliminares en los que debían manifestarse las razones de la elección de la obra y de su apuesta en los tableros de la cultura argentina. En tercer lugar, era frecuente la inclusión de glosarios o trabajos de ajuste y ampliación bibliográficos. Los paratextos, de modo general, eran abundantes y ricos en informaciones diversas. Los libros hechos por Weinberg eran como ediciones anotadas, como actos de filólogo. El lector se deparaba ineludiblemente con la erudita presencia de los selectores, los intérpretes primeros en sus acciones de guías de lectura.

Otro proyecto de raíz internacional del que participó Weinberg en Lautaro fue la edición de la colección Pingüino. Se trató de una pionera serie de libros de bolsillo editada en convenio con la británica Penguin Books. Weinberg y la escritora María Rosa Oliver (participante de *Sur*, de íntima amistad con intelectuales de izquierda, como Norberto Frontini) eran sus directores y llegaron a contar con la colaboración de Pedro Henríquez Ureña para hacer llegar traducciones y autores regionales, esta vez para el gran público.

Se publicaron Pingüinos literarios, científicos, técnicos, publicamos una historia de la ópera, una historia del ballet, un libro sobre arte primitivo. Todos a dos pesos. Fueron los primeros libros de bolsillo que se empezaron a sacar de modo sistemático. Algunos títulos tuvieron tiradas de diez mil ejemplares. Además, le dimos un color local. Por ejemplo, lo reivindicamos a Horacio Quiroga. Nos hartamos de vender *Cuentos de la selva*. (Weinberg, citado en Sorá 2006, p. 456).

²¹ Algunos de los traductores de las colecciones *Tratados Fundamentales* y *Estudios y Ensayos* fueron Pedro Merton, Susana Fredkin, Eduardo Warschaver, Elena Dukelsky, Taba Bronstein, Cora Ratto de Sadosky, además de los propios directores de colección (véase la nota 18).



Lautaro sufrió algunos actos de represión durante el peronismo. El propio Gregorio Weinberg fue preso por la edición de *La Docta Ignorancia* del Cardenal Nicola de Cusa:

Hubo censura, persecuciones, clausura de editoriales, de diarios, de revistas. A mí me detuvieron por el libro *La Docta ignorancia* del Cardenal Nicolás de Cusa. Fue en el momento cuando Perón parecía que renunciaba a la reelección y que apoyaría a Aloé. Como sobre Aloé se hacían muchos chistes en los que se lo trataba como un bruto, entonces creyeron que el libro era una tomada de pelo. Estuve unas 48 horas detenido en la famosa Seccional Especial en la calle Urquiza. Y yo me gastaba en explicarles:

“Miren, el señor Nicola de Cusa es un cardenal del siglo XV...”. Después me pusieron en libertad. Imagínese que Cassirer, en su libro sobre historia del problema del conocimiento, cuatro tomos que publicó el Fondo de Cultura, comienza el pensamiento moderno con

Nicola de Cusa. ¡Esos brutos creyeron que era una impostura! (Weinberg, citado en Sorá 2006, p. 457).

Ante esas dificultades, Weinberg le propuso a Sara Maglione dividir la editorial: él se quedaría con los Tratados Fundamentales y los Pingüinos y ella seguiría con la línea política del catálogo.

Este plan no fue aceptado y al poco tiempo Lautaro tuvo que cerrar. Weinberg fue indemnizado con la cesión de derechos de algunos de los libros que habían aparecido bajo su responsabilidad.

Así vendió, muchos años después, los derechos de *Qué sucedió en la historia* de Gordon Childe y *La mentalidad primitiva* de Lévy-Bruhl a la editorial Siglo XX. Otros títulos, como *Cuestiones fundamentales de antropología cultural* de Franz Boas, los reeditó por Hachette.

Conclusiones

Con este estudio puse de relieve tiempos, lugares y condiciones que forjaron un progresivo reconocimiento de Gregorio Weinberg como artífice de La Biblioteca Argentina. Como en el caso de numerosos intelectuales, la intensa actividad de Weinberg como editor y traductor fue una alternativa a su exclusión del ámbito universitario durante el peronismo (1945-1955). La atracción de prácticas de singular poder cultural perduró más allá de ese período. Weinberg fue uno de esos raros casos de productor cultural multifacético que mantuvo con asombroso equilibrio sus labores como profesor, editor, traductor, gestor cultural.

Hacia 1960, la colección El Pasado Argentino fue galardonada con el Premio Casavalle. La atención sobre ese episodio muestra hasta qué punto la presencia de intereses o valores económicos, políticos y simbólicos extranjeros (Hachette, Embajada francesa, traducciones, etcétera) precisan de cierto grado de reconocimiento, apropiación, negociación con intereses locales (proyectos y disputas de intelectuales radicados en la Argentina, políticas económicas y culturales

oficiales, etcétera) para optimizar beneficios. A pesar del premio, un emprendimiento intelectual como *El Pasado Argentino* no encuadraba bien en los planes de una empresa como Hachette, centrada en la edición de libros escolares, producto que exige privilegiar la rápida rotación de capital económico. Gregorio Weinberg, sin embargo, ya gozaba de notoriedad intelectual y académica y disponía de un abanico de alternativas para negociar su independencia editorial con la empresa francesa. La colección *El Pasado Argentino* cambió de nombre, de sellos, y extendió el lanzamiento y la reedición de títulos hasta la muerte de Gregorio, en 2006.

Tal perduración explica que la colección de clásicos del pensamiento argentino absorba buena parte de la notoriedad retrospectiva que sobre Weinberg frecuentemente se remarca. Lo cierto es que a mediados de los años sesenta, Weinberg era un editor y académico prestigioso, tal como revela la invitación que le realizó Raúl Prebisch para actuar como editor de los principales libros de ese organismo, y luego para que se hiciese cargo de la *Revista de la CEPAL* en Santiago de Chile. Es evidente que la condición de representante intelectual de una cultura nacional no ocultaba su posición en uno de los linajes históricamente cristalizados a lo largo de la historia cultural argentina para desempeñar esa función weberiana de guía cultural secular: en los combates por la redefinición de los postulados sarmientinos que hacían de la lectura y la educación las llaves de la civilización, Weinberg se aproximaba a intelectuales y editores como José Ingenieros, Arnaldo Orfila Reynal, José Luís Romero, Boris Spivacow, a una tradición que buscaba horizontes americanistas y socialistas en contradictorios marcos de liberalismo democrático y de irrupciones autoritarias del poder político.²² Para demostrar cabalmente la posición de Gregorio Weinberg como uno de los artífices del canon del

²² No casualmente, en la redemocratización argentina iniciada en 1983 con el gobierno de Alfonsín, Weinberg fue nombrado director de la Biblioteca Nacional y director Nacional del Libro, y luego vicepresidente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas. Manuel Sadosky, dato no menor, fue nombrado en ese período como secretario nacional de Ciencia y Tecnología.

pensamiento argentino, hubiera sido necesario considerar proyectos y colecciones concurrentes, más ligados al nacionalismo tradicional en sus diversas raigambres: católicas, integralistas, etcétera

La apertura al cosmopolitismo para pensar la nación no es un hecho inexorable; es la actitud condicionada que suelen encarnar agentes culturales que, por orígenes étnicos y sociales, por trayectorias escolares y posicionamientos ideológicos son constreñidos a vincular lo nacional como singularidad de universales inclusivos. El nacionalismo cultural, su antítesis, suele ser promovido por intelectuales criollos bien ligados al campo de poder, como Ricardo Rojas o “el joven” Jorge Luis Borges (Miceli, 2012). En estos casos lo particular tiende a ser tratado como natural manifestación del genio nacional. Ello no excluye que entre las fuentes de autoridad de los nacionalistas culturales siempre se observen diversos grados de contacto con el extranjero, a través de lecturas, viajes de formación o legitimación internacional como representantes intelectuales de una cultura específica.

La combinación de apuestas en autores representativos de un pensamiento argentino y de autores ejemplares del racionalismo moderno se extendían en Weinberg de la edición a la autoría, tal como pueden verse en algunos de sus artículos en revistas del mundo cultural judeo-argentino, donde en un mismo año, por ejemplo 1961, difundía un texto sobre Sarmiento y otro sobre Bacon.²³ Antes que una relación necesaria, natural, evidente en el plano de las ideas, la unidad de tan complejo conjunto de ediciones de autores nacionales y de traducciones remite a la singular trayectoria de un agente social y su capacidad para tornar públicas sus pasiones intelectuales. Este pasaje a lo público, a la edición, no resultaba, como vimos, de simples actos de voluntad. Se realizaban bajo arbitrarias condiciones (culturales, sociales, políticas, económicas) que preexistían a las prácticas de Weinberg y que él contribuyó a modelar.

²³ Weinberg (1961). Población, trabajo y educación en la obra de Sarmiento. *Comentario* n° 27 (pp. 26-30); Weinberg (1961). Cuarto centenario del nacimiento de Francis Bacon. *Comentario* n° 87, (pp. 13-16).

En este capítulo exploré algunas facetas de la inmensa labor de Gregorio Weinberg como intelectual, traductor y editor. Busqué demostrar en qué medida la traducción es una práctica que no puede comprenderse sin los aspectos materiales y sociales que la rodean, al menos cuando hablamos de su existencia pública, colectiva, es decir editada, dispuesta para la circulación y apropiación de los textos traducidos en delimitados mercados de bienes simbólicos. Para tal fin objetivé un sistema de intereses editoriales e intelectuales que guiaron las elecciones de Weinberg como autor, editor, traductor. Emergió así la unidad de apuestas entre autores representativos de un canon del pensamiento argentino y de una tradición del racionalismo moderno.

El estudio de la materialidad de la cultura impresa y de las complejas tramas de prácticas (simbólicas, económicas, políticas) que conlleva su realización expone condiciones de posibilidad locales e internacionales, esquemas de pensamiento nacionales y universales que no deberían ser disgregados para observar e interpretar la totalidad de obras culturales, como las que Weinberg impulsó con su labor como editor, traductor y autor. Los estándares tradicionales de los estudios literarios, por ejemplo, posiblemente autoricen un estudio apenas focalizado en la colección *El Pasado Argentino*, quizás dispuesto para la comparación entre colecciones del mismo tipo, argentinas o de otras nacionalidades. Desde un punto de vista sociológico, esa orientación violenta un sistema de relaciones concretas, una estructura, entre ediciones de textos nacionales y extranjeros que suponen mutuos condicionamientos causales, no apenas textuales, estéticos e ideológicos, sino también institucionales y de otros órdenes del mundo social.

Tal unidad, insisto, supone una combinación entre referencias a obras y sistemas de pensamiento extranjeros, libros y formas de pensar un país (la Argentina, en este caso). Solo tal unidad es capaz de revelar la traducción como forma de apropiación de lo universal y la nación como mediación o filtro simbólico de los actos de traducción. La traducción argentiniza o americaniza obras ejemplares del

pensamiento occidental. Estos sistemas de lecturas crean un sustrato en el que se arraigan o frente al cual se calibran las ediciones de una selección de obras ejemplares para pensar el país (y/o el continente americano). Los libros consagrados de un país, ya sean de ficción o no ficción, ya sea por criterios comerciales o simbólicos, son comúnmente tomados como piezas de traducción en otros territorios lingüísticos y nacionales para conocer aquel país, su singularidad y sus producciones universalizables. Nación y traducción se suponen mutuamente. La nación filtra las traducciones y las traducciones perfilan los contornos de la nación.